

Enrique Gil Gilbert y D. Aguilera Malta no logran todavía, a pesar de sus cualidades sobresalientes, el dominio que ya alcanzara su compatriota en el arte no muy sencillo del cuento moderno, y que está de manifiesto en casi todos sus relatos. *El Tren* y *El cholo que se castró* nos parecen lo mejor de ambos autores. Acaso les falte cierto encuadramiento de las escenas y de los tipos, y acaso caigan en el pecado bien disculpable de dar importancia excesiva a motivos que no lo tienen. Pero así y todo, la obra de Gil Gilbert y de Aguilera Malta que nos ha sido dable conocer, no es la obra vulgar de los jóvenes prosistas americanos.

Temperamentos bien semejantes los tres, coloristas fáciles, concedores del pueblo de su tierra y de su lenguaje característico, muestran a toda la América que la tierra de Montalvo tiene grandes valores intelectuales, y anuncian la obra maciza y de enjundia que ya vendrá.

RÍO ARRIBA, novela, por *Alfredo Pareja y Diez-Canseco*.

¿Cuántos novelistas frustrados hay en América y en el mundo? Creemos que no existe género literario que haya tenido tantos cultivadores sin talento como la novela. Y acaso tiene más que otros, porque es cosa sabida que da más dinero que todos.

Este libro (1) ecuatoriano que acabamos de leer pretende encasillarse a sí mismo entre las novelas,

(1) Editorial *Talleres Gráficos*. Guayaquil, 1931.

sin una sola cualidad que justifique su pretensión.

Falto de ambiente, sin paisaje, con muñecos que hablan mal y se mueven como autómatas, no tiene médula humana ni interesa en ningún sentido. Es apenas un libro más.

Y cuidado que su autor tiene publicados dos libros anteriores, que califica también de novelas: *La casa de los locos* y *La señorita Ecuador*, que felizmente no conocemos.

Claro que no es para asombrarse el hecho de que un libro nos resulte malo. Pero, lectores y comentaristas muy constantes de toda obra suramericana, nos duele un poco el tiempo perdido en páginas insignificantes, mal escritas y sin contenido apreciable.—C. P. S.

CRITICA

RECONOCIMIENTOS (Críticas), por *Ramón Doll*.

Talleres Gráficos Argentinos L. I. Rosso. Buenos Aires, 1932.

En un reportaje que se le hiciera al autor de *Reconocimientos* y que viene como prólogo de un libro anterior a éste, titulado *Crítica*, Ramón Doll define certeramente su posición:

De la actual crítica que estamos haciendo en el país, Argentina, (la generación que anda por los treinta o más años, según Doll), creo poder afirmar sin equivocarme que tiene dos características: está dominada, cualquiera sea su etiqueta ideoló-

gica, por un tono afectivo uniformemente colérico contra la producción intelectual y artística; es indisciplinada, no sistemática o en todo caso sistemáticamente negativa.

Por lo menos en cuanto a la crítica que hace Ramón Doll estamos en condiciones de asegurar que esas son sus características ya que no así de la que hace la generación de los treinta o más años, debido a que la desconocemos, no pudiendo constatar entonces la efectividad del juicio de Doll. Por lo demás, esta característica, de persistencia tan agresiva, le dan no escaso interés a la obra de Ramón Doll, poco extensa aún—ha publicado cuatro libros hasta ahora—pero a menudo bastante contentiva de agudeza analítica, de claridad en la exposición y de abundante fuerza dialéctica que lo hacen aparecer entre los jóvenes críticos argentinos como el más preñado de sobresalientes cualidades.

Reconocimientos, el último libro de Ramón Doll, es un conjunto de artículos críticos sobre variados temas, artículos alejados en su mayoría de la realidad argentina en la cual acostumbra a hurgar con frecuencia este escritor, ensayando preferentemente el estudio de la literatura autóctona y su relación con el medio ambiente, llegando a conclusiones muy aceptables, penetrantes las más, cuando no a muy finas sugerencias, a proposiciones cargadas del más auténtico sentido crítico y que esperamos ver desarrolladas por el mismo Doll, pues demuestra estar capacitado para ello, ya que es en estudios de esta clase

donde tiene sus aciertos más notorios. También, cuando se preocupa de la realidad política y social de la Argentina.

Los temas tratados en *Reconocimientos*, desde luego con una evidente agilidad mental, son de índole diversa como decíamos, sobresaliendo entre ellos los titulados «La mentira literaria del chaplinismo», «Introspección y locura», «Una palabra sobre la libertad», etc. En este último subtítulo «En el mensaje de «Los hermanos Karamazov» se preocupa Doll del sentido profético de este libro de Dostoyewski, manifestando que «piénsese lo que se quiera es evidente que «Los hermanos Karamazov» resultan una verdadera alegoría anticipada del hecho ruso actual».

Estractemos lo expuesto por Doll.

Dostoyewski, ya en su «Diario de un escritor» decía que el único pueblo de la tierra donde no se ha perdido la esencia de la doctrina de Cristo, es el ruso. Depositario de tal tesoro, es decir, de lo único posible de encender de amor el corazón de los hombres, el pueblo ruso es el llamado a efectuar la conciliación de todos ellos, en la comunidad de Cristo. Consecuencialmente, deberá gobernarlo la teocracia, pues un Estado laico, con poder solamente temporal sin estar subordinado al espiritual «sería incompatible con una misión que trasciende la existencia histórica de ese mismo Estado».

En seguida señala Dostoyewski dos peligros que necesariamente deben ser evitados para que no se trunque el destino del pueblo ruso: el primero, de un poder espiritual que lo

cierre a la comprensión y al ejercicio de su libertad; el segundo, que esa libertad se trasmute en abyección. Entonces, tanto por exceso como por ausencia de libertad podría el pueblo ruso hundirse en la esclavitud. «El anticristo vendría así a sojuzgarlo, ya escatimándole su libertad con los sofismas a que alude «El gran inquisidor», ya inficionándolo con una filosofía de la libertad que en definitiva sirva para encadenarlo al desenfreno puesto que la lógica de la desobediencia es tan férrea como la de la sumisión. Es así como Smerdiakov se convierte en el instrumento ciego de Yvan».

Según Dostoyewski, en el capítulo del «Gran inquisidor», la iglesia católica al anularle la consciencia y el ejercicio de su libertad al hombre, ha preparado el advenimiento del anticristo. «Frente a una iglesia que llama a sus afectos ovejas y borregos, y ante la cual la personalidad del hombre abdica irremisiblemente, Dostoyewski recalca el fervor del pueblo ruso que al conservar en su entraña el sentimiento pleno de la palabra auténtica de Cristo, conserva, por ende, la lucida consciencia de su libertad y responsabilidad. No hay pueblo más digno que el ruso, dice el ztaretz Zozima».

Ahora, para hacer presente al pueblo ruso el peligro que lo espera si se olvida de la única libertad auténtica, es decir, estar inmunizado a la opresión de las pasiones y apetitos, crea Dostoyewski el *karamazovismo* del cual se salvará Rusia sólo por el amor a Cristo. «Y es que sin la base de la ortodoxia todo es peligroso para Rusia y en primer tér-

mino la cultura europea que resulta en verdad un arma de dos filos en manos de un pueblo que no descansa sobre esa base. Dostoyewski indica ese peligro creando a Ivan y Smerdiakov. Una filosofía como la de Ivan llega a la mente de un tarado como Smerdiakov y su efecto desastroso es hundirlo en la locura y la muerte. En cambio, el pueblo sano de Rusia, tiene una instrucción religiosa suficiente como para asimilar la cultura europea, considerándola a servicio de verdades fundamentales que también según Dostoyewski, esa cultura no ha desconocido jamás».

Aquí Ramón Doll se pregunta: ¿Qué recóndita relación hay entre este mensaje de Dostoyewski y la revolución rusa? Qué semejanza hay entre esa misión de salvación que Dostoyewski confía al pueblo ruso, manteniendo incontaminada la ortodoxia cuya consecuencia lógica en la política es el bolchevismo actual? Falta saber qué significación le hubiera dado el escritor a ese hecho: ¿Habría considerado al comunismo como uno de los últimos efectos mortales que sobre el Smerdiakov ruso viene produciendo la cultura europea? O, por el contrario, entendería que Rusia ha comenzado efectivamente a ejercer la misión de universal conciliación que le anunció el profeta?» (1).

(1) No está demás recordar que en «Los endemoniados» Dostoyewski hace decir a uno de sus personajes, el estudiante Chatov, las siguientes palabras:

«Si un gran pueblo no cree que solo en él se encuentra la verdad, si no cree que es el único llamado a resucitar y salvar al universo con su verdad, deja de ser inmediatamente un gran pueblo para convertirse en materia etnográfica. Jamás un pueblo verdaderamente grande podría contentarse con desempeñar un papel secundario en el mun-

En verdad la interrogante apasiona, como dice Doll y sería de extraordinario interés pretender dilucidarla, desde luego empresa sumamente difícil, pero cuya tentativa no estaría exenta de compensaciones. Doll acaso podría desarrollarla.—A. T.

HISTORIA

HISTORIA DE LA MEDICINA, por Juan Marín.

En un folleto (1) ha editado Juan Marín su interesante lección inaugural dictada en la Universidad de Chile el 25 de Abril del presente año e intitulada *Introducción al estudio de la Historia de la Medicina*. Marín es un espíritu múltiple y ante todo profundamente artista. Un tema de esta naturaleza se transforma por la sugestión que le imprime el autor, en un panorama lleno de vibración y de interés. No es una lectura árida, como lógicamente lo sería en manos de investigadores sin otra norma que el dato objetivo. Este opúsculo de apenas 25 páginas encierra, en rápidas pinceladas la historia de la medicina desde sus orígenes hasta nuestros días, y su lectura tiene todo el atractivo de un novedoso ensayo. Además el profano puede penetrar sin esfuerzo en un campo considerado sólo como pri-

do, ni siquiera le basta un papel importante, es preciso absolutamente que sea el principal». *Los endemoniados*, tomo segundo, Colección Universal, Madrid, 1924.

(1) Imprenta de la Armada. Santiago, 1932.

vativo de los hombres de ciencia. En la historia de la medicina puede seguirse, paso a paso, la historia de la humanidad, en sus alternativas de progreso y en su obstinado empeño por apartar las sombras que la ignorancia o la superstición han colocado frente al hombre. Y esto por razones que el propio autor da en la página 6 de su folleto:

En la Historia de la Medicina interesa tanto el más simple elemento narrativo como el más valioso documento bibliográfico.

Hay en ella una mezcla de leyenda y de historia; hay elementos místicos y experimentales; hay componentes artísticos, casi diríamos estéticos, a la vez que factores del más puro cientismo.

No podemos desperdiciar ni los unos ni los otros.

Hay, por otra parte, una gran lección de moral y de fe, del hombre en el hombre que parece desprenderse y flota sobre toda la historia de las ciencias, especialmente de la medicina; el ejemplo de Empédocles o de Miguel Servet, de Paracelso o de Luis Pasteur, de Roberto Koch o de Fernando Widál, despiertan en nosotros el ansia de emulación, el apetito de perfeccionarnos y de realizar también grandes o pequeñas cosas.

En el poeta que es Marín, hay un crítico. En el crítico hay un hombre de ciencia. Toda su personalidad es la de un espíritu de ondulante inquietud. Su lección inaugural lo muestra como un ensayista y además como un profesor que sabrá animar la materia para ofrecerla en interesantísimas lecciones. Esta lección inaugural es la mejor prueba.—D. M.